

Discurso de Adolf Hitler

**con motivo del veintiún aniversario
de la fundación del Partido,
pronunciado en Munich**

el 24 de Febrero de 1941



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

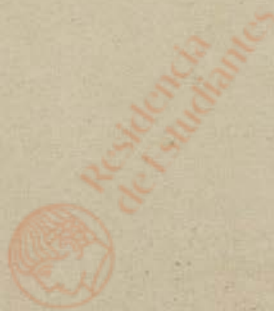
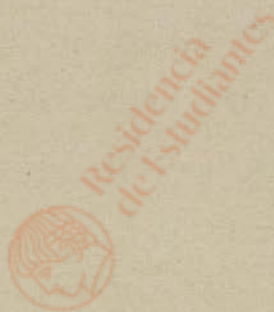
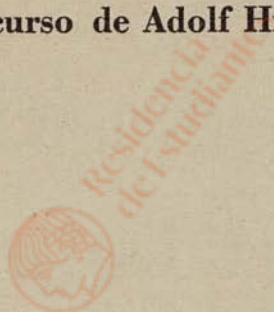


Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

Discurso de Adolf Hitler





Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

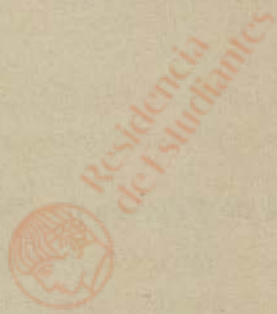


Residencia
de Estudiantes

Discurso de Adolf Hitler

**con motivo del veintiún aniversario
de la fundación del Partido,
pronunciado en Munich**

el 24 de Febrero de 1941



En el acto conmemorativo de la fundación del Partido, celebrado en la sala de fiestas del Hofbräuhaus de Munich, pronunció el Führer, ante sus compañeros de lucha desde el primer momento, el siguiente discurso :

¡ Camaradas !

¡ Nacionalsocialistas !

El 24 de febrero es siempre para nosotros un día de profundo carácter conmemorativo y con razón. En este día y desde esta sala inició el Movimiento la asombrosa carrera triunfal que le puso a la cabeza del Reich para conducir la nación y ser por consiguiente el forjador del destino alemán. Para mí es éste también un gran día. Es en sí, creo, muy raro, que un político pueda presentarse 21 años después de su primera gran actuación pública ante los mismos partidarios, para repetirles el mismo programa que el primer día ; que un hombre pudiera predicar y realizar lo mismo durante 21 años, sin tenerse tampoco que apartar ni siquiera una sola vez de su antiguo programa.

Cuando nos reunimos en esta sala el año 1920, muchos se plantearon esta cuestión : ¡ Ah !, un nuevo partido ¿ para qué otro, no tenemos ya bastantes ? Si el nuevo Movimiento no hubiera sido otra cosa o no hubiera querido ser más que una continuación de partidos anteriores, que un aumento de estos partidos, entonces hubiera habido ciertamente razón

para hacer esta objeción, pues en aquella época, seguramente, había partidos más que suficientes. Sólo que esto era, sin embargo, algo completamente diferente de todas las fundaciones de partidos entonces conocidos.

Nació un movimiento, que por primera vez y desde buen principio declaró que no era su intención defender intereses definidos y concretos de determinadas capas sociales; un movimiento, que por vez primera desistió desde un principio de entregarse a una determinada parte de la nación, que no era la representación de intereses burgueses, ni proletarios, que no era representación ni del campo ni de la ciudad, ni tampoco representante de confesiones católicas ni tampoco de las protestantes, lo mismo que no lo era de determinadas regiones; una representación que por primera vez puso en el centro de todas sus ideas la palabra « pueblo alemán », que no era partido de clases y que por lo tanto no se prescribió ni a las derechas ni a las izquierdas, como se solía dividir en aquel entonces a la nación, sino que también aquí persiguió desde un principio una sola finalidad, que era la del pueblo alemán en su totalidad.

Con ello empezó una lucha heroica, que tenía que conducir por anticipado a que casi todo se enfrentase con el Movimiento, y así sucedió. No obstante en el fin que nos señalamos se hallaba ya lo decisivo, y el que yo pueda estar hoy ante vosotros, después de 21 años, hay que agradecerlo sólo a ese fin, a ese claro e inequívoco fin que no convirtió al Movimiento en servidor de intereses determinados y limitados, sino que elevó, por encima de todas las obligaciones particulares, una única como tal, la de servir al pueblo en su totalidad, atender a sus intereses por encima de todas las divergencias o confusiones ideológicas momentáneas.

Nos encontrábamos entonces en la gran catástrofe. Versalles gravitaba sobre todos nosotros en forma opresiva y era comprensible que en todas partes algunos hombres con el corazón angustiado, se pusieran en marcha para encontrar el camino que podría sacar de este indescriptible infortunio.

Una epopeya heroica singular

Las causas de esta catástrofe fueron consideradas de distinto modo. Indudablemente, se habían cometido los más graves errores políticos, no sólo durante los años de guerra, sino ya muchos años antes. Se vió venir la tormenta, se vió en el mundo a ciertos instigadores — los mismos que efectúan también hoy este negocio — movilizar Europa entera contra Alemania, y a pesar de que entonces se ofrecieron oportunidades favorables para oponerse a estos instigadores, y por cierto para hacerlo a tiempo, la dirección del Reich fracasó entonces aquí, fracasó políticamente.

También desde el comienzo de la guerra fueron los mandos políticos hacia el exterior y el interior lo más torpes que pueda imaginarse, psicológicamente inhábiles y enteramente faltos de toda capacidad. Sin duda alguna contrajeron una grave culpa los mandos políticos de aquel entonces en todos los terrenos, menos en uno. No se les podía echar en culpa, por cierto, que hubiesen querido la guerra ; bien al contrario, si hubiese sido efectivamente su voluntad el haber querido la guerra, seguramente se habrían preparado para ella de otra forma y habrían escogido para ella otra época más favorable. Al contrario, su crimen mayor — si es que de tal puede calificarse una falta — fué que a pesar de que sabían que la guerra era inevitable, no obraron ellos mismos en la hora decisiva

y más favorable. También fueron cometidas muchas faltas de carácter militar, pero muchas faltas.

Pero a pesar de todo subsistía un hecho : a lo largo de cuatro años el soldado alemán, invencible como tal, presentó el pecho a sus enemigos. En estos cuatro años se había realizado una epopeya heroica de naturaleza singular, enteramente igual sea cual fuera ahora la grandiosidad de nuestro triunfo y como pudiera ser de grande el triunfo del porvenir. El pueblo alemán volverá constantemente la vista, con devota y profunda emoción a esta gran época de la Guerra Mundial, pues aislado y abandonado por todo el mundo libró una lucha heroica, siempre frente a una enorme superioridad numérica, contra una enorme superioridad de material y resistiendo sin embargo hasta que se produjo un cataclismo que ni siquiera debía imputarse al frente, sino que venía del desmoronamiento de la patria.

Con ello llegamos al verdadero, profundo y decisivo motivo; a la causa verdadera del desmoronamiento de entonces. El pueblo alemán vivía ya desde largos decenios en un desmoronamiento que se producía desde el interior. Eran dos mundos en los que se descomponía entonces la nación. Todavía hoy los conocemos bien nosotros, viejos nacionalsocialistas, porque con ellos hemos luchado y combatido ; entre ellos estábamos, y de ellos ha ido formándose paulatinamente nuestro Movimiento.

Burguesía—Proletariado—Nacionalismo—Socialismo

Vosotros os acordáis todavía, correligionarios y correligionarias, de la vida política de entonces, de aquellos carteles,

de aquellos dos conceptos que se combatían entre sí: por una parte burguesía, proletariado por la otra; aquí nacionalismo, allí socialismo. Entre estos dos un abismo del que se afirmaba que ellos nunca podrían atravesar. El ideal burgués nacionalista era sólo burgués y el ideal socialista era sólo marxista. El ideal burgués era limitado en la sociedad; el marxista, en lo internacional, era ilimitado. Pero considerados en su esencia, ambos ideales se habían hecho ya estériles. En la época en que yo aparecí aquí por primera vez, ningún hombre sensato podía contar con que pudiera llegarse aquí a un claro triunfo. Esto era indudablemente lo decisivo. Si la nación no debía de ser definitivamente disgregada, si esta lucha era ya ineludible, cuando menos debía una parte surgir de esta lucha como vencedor absoluto. Pero también esto estaba ya entonces completamente descartado; pues los movimientos comenzaron ya por sí mismos a disolverse y a dispersarse. El ímpetu hacía ya mucho que había desaparecido.

Disgregación de los partidos

La burguesía se disgregaba en innumerables partidos, asociaciones, grupitos, pequeñas unidades, representaciones de intereses urbanos y rurales, de propiedades inmuebles y raíces. Del otro lado las tendencias marxistas que se iban paulatinamente disolviendo y dispersando cada vez más: socialistas mayoritarios, socialistas independientes, comunistas independientes, partido trabajador comunista, sindicalistas, etc. ¡Quién conoce a todos esos grupos que combatían entonces entre sí! Cada cartel era un reto no sólo contra el mundo contrario, sino también a menudo contra los mismos partidarios, contra el propio mundo.

Estos dos campos que entonces se nos oponían, debían conducir, al perdurar más largamente, a la completa disolución del cuerpo nacional alemán y con ello, naturalmente, al desgaste de toda la fuerza nacional alemana. Con abstracción de las tareas que nosotros quisiéramos realizar, político interiores o exteriores, o problemas económicos o de poder político siempre había algo decisivo :

Ninguna de las grandes misiones de la época podía ser resuelta sin la intervención total y concentrada de las fuerzas de la nación.

Versalles quería privar a Alemania para siempre de todos sus derechos

Ante nosotros se hallaba entonces Versalles. Cuando yo me presenté aquí, en esta sala, por primera vez, me hallaba dominado por completo por la obligación de protestar contra ese sometimiento, el más vergonzoso de todas las épocas, y de llamar a la nación a la lucha contra el mismo. En el terreno de la política internacional significaba ese Dictado la carencia absoluta de derechos de la nación alemana, y el dejarla indefensa.

Precisamente la situación política exterior obligaba a esta decisión clara y concreta. Aquel vergonzoso Dictado estaba llamado a esclavizar para todos los tiempos a la nación alemana. No se había fijado límite alguno para este trabajo en la esclavitud. Desde un principio se dijo : Nosotros no queremos fijar lo que vosotros tenéis que pagar ; porque nosotros mismos no sabemos lo que podéis pagar ; nosotros queremos ponérselo de manifiesto así de tiempo en tiempo,

vosotros tan sólo habéis de comprometeros desde un principio a que pagaréis todo cuanto nosotros pidamos. Esto efectivamente lo han hecho así los gobiernos alemanes de aquel entonces.

El cumplimiento de estos compromisos forzosamente había de sumir a Alemania en la mayor ruína para todos los tiempos. Y si cierto francés declaró que el objetivo final había de ser la eliminación de veinte millones de alemanes, no fué aquello producto gratuito de la fantasía, y bien podía calcularse la fecha en que la nación alemana llegaría a tener efectivamente veinte o treinta millones de almas menos.

Nosotros nos hemos ayudado a nosotros mismos

A este esclavizamiento incurable, visto bajo el punto de vista económico, hicieron frente desde ahora también los alemanes, divididos en dos grandes campos, los cuales defendían dos ideologías completamente opuestas, y ambos con la esperanza puesta en los internacionalismos, los unos de tendencia más intelectual, de acuerdo con su manera de pensar, decían: nosotros creemos en la conciencia universal, en la justicia universal, nosotros creemos en la Liga de las Naciones etc., los otros eran algo más proletarios y decían: nosotros creemos en la solidaridad internacional y cosas parecidas.

Pero todos creían en algo que se encontraba fuera del propio pueblo, por cierto, un método muy cómodo para salvarse, el esperar que vengan otros para ayudarle a uno.

A estas ideas se enfrentó entonces el convencimiento de un nuevo movimiento que en el fondo puede resumirse en

una sola frase : « ayúdate a ti mismo y te ayudará Dios ». Una frase por cierto muy justa porque no podrá suponerse que el Sumo Hacedor exista tan sólo para ayudar a los hombres que no quieren ayudarse a sí mismos, porque son demasiado cobardes y demasiado vagos para ayudarse a sí mismos, ni tampoco sería lógico, que Dios fuese algo así como una especie de sustitución de las debilidades de la humanidad. Para esto no está, sino que en todos los tiempos bendijo a aquellos quienes estaban dispuestos a defenderse a sí mismos.

Lo que era de esperar de la ayuda de los otros, ya lo vimos. Un presidente americano aparece y pone lanza en ristre para prestar el solemne juramento de que en el momento de que depusiésemos las armas iríamos a recibir tal y tal cosa. Las armas fueron depuestas y el juramento fué roto y olvidado. La gente lo ha tomado muy a mal cuando uno se lo ha hecho presente. Cuantas veces rogó e imploró la Alemania democrática de aquel entonces, tantas veces se le negó toda facilidad, sin que hablemos siquiera de justicia.

Yo empecé precisamente aquí, en esta ciudad, mi lucha, mi lucha política, con un llamamiento contra Versalles. Vosotros lo sabéis, viejos camaradas. ¡ Cuántas veces he hablado contra Versalles ! He estudiado ese Tratado como ningún otro y no lo he olvidado, y tampoco ahora lo olvido. El contrato no podía eliminarse con humildad, con sumisión, sino sólo mediante la conciencia de sí mismo, mediante la fuerza de la nación alemana.

Luego el Führer recordó en forma impresionante a sus antiguos correligionarios la difícil lucha que ha sostenido el Movimiento durante años enteros por el individuo alemán,

por cada hombre y cada mujer ; describió la dura y enconada contienda contra la burla y el escarnio, contra la mentira y la calumnia, contra el terror y la fuerza bruta que tuvo que sostener entonces el joven partido nacionalsocialista. A este respecto el Führer hizo resaltar especialmente la brillante participación que tuvieron en esta lucha las antiguas correligionarias que, con el seguro instinto de la mujer, fueron las compañeras más fieles y dignas de confianza precisamente en los peores tiempos del Movimiento. Interrumpido constantemente por atronadores aplausos de sus viejos correligionarios, el Führer habló con mordaz sarcasmo de los insensatos y escandalosos métodos de nuestros enemigos de política interior que teníamos entonces y que hoy día encontramos de nuevo en la misma forma en la lucha con nuestros adversarios del exterior.

Yo no soy demócrata

Así se inició una durísima lucha que forzosamente condujo a una selección en los mandos políticos. Si hoy me presento ante la nación y veo la guardia de todos aquellos hombres que hoy me rodean, bien puede calificarse ella de un conjunto de verdaderos hombres, — en Baviera diríamos de « buenos mozos » — de hombres hechos y derechos que representan algo. Si por el contrario contemplo los gabinetes de mis adversarios, sólo puedo decir, que no son capaces de ser jefes políticos ni siquiera de barrio. Aquella época ha practicado una selección de hombres de primer orden con los cuales naturalmente se tenían de vez en cuando quebraderos de cabeza. Porque es así, que todos aquellos hombres que valen para algo son tozudos y algo espinosos en el trato,

y en tiempos normales es difícil de hacer que esas espinas vayan con el mismo paso y no una en contra de la otra. Pero en el momento en que acechen peligros, son los hombres más decididos que hay. La misma selección que trae consigo la guerra, y que pone de manifiesto a los verdaderos jefes, esta misma selección es la que se practica en la vida política mediante la lucha política. Eso ha sido también un resultado de la evolución lenta, de esa eterna lucha contra interminables adversidades, el que paulatinamente obtuviésemos unos mandos, con los que hoy se puede hacer todo.

Si por el contrario contemplo el otro mundo, no puedo por menos que decir que se ha dormido al perpetrarse este milagro y tampoco hoy quiere llegar a comprenderlo. No quieren comprender lo que somos, ni quieren saber en lo que nos hemos convertido. Ellos siguen corriendo como la Justicia con los ojos vendados.

No comprenden que dos revoluciones han creado algo imponentemente nuevo en Europa; pues de esto estamos plenamente convencidos, de que paralelamente a nuestra revolución hubo otra, la fascista, que condujo a los mismos resultados y de que entre ambas existe no sólo una identidad absoluta en los objetivos, sino en su marcha, y además de que hay una amistad que es más que un mero colaborar determinado utilitariamente.

Tampoco comprenden nuestros adversarios que cuando yo considero una vez a un hombre como mi amigo, estoy siempre a su lado y que con esta amistad no hago ningún negocio mercantil; pues no soy demócrata y por consiguiente, tampoco un especulador. No soy tampoco uno que se beneficie de la guerra, sino un hombre que desea que, por lo menos

una vez después de su muerte, se le haga la justicia de reconocer que la lucha de toda su vida sólo persigue un gran ideal. Tampoco quisiera mostrar en este terreno ninguna debilidad. Por eso no existe ninguna duda que la alianza de ambas revoluciones y especialmente la de ambos hombres entre sí, es indisoluble, y de que cuando una vez le vaya a uno mejor o peor que al otro o viceversa, siempre contará con el que de ambos esté en mejor situación.

Y es además al enemigo común al que venceremos.

Ahora vienen los nuevos submarinos

Hubo un tiempo en el que Italia retuvo numerosas fuerzas enemigas ; la Italia fascista que lleva a cabo la misma lucha que nosotros, que está bloqueada exactamente como nosotros, que vive en la misma superpoblación y a la que hasta ahora le han sido dadas tan pocas satisfacciones por lo que respecta a sus reivindicaciones vitales como a nosotros. Esa Italia fascista nos liberó de potentes fuerzas, reteniéndolas. Numerosos barcos británicos fueron retenidos en el Mediterráneo, numerosos aviones británicos, en las colonias del norte de Africa y también en las mismas, numerosas fuerzas terrestres.

Esto fué para nosotros muy favorable ; pues ya os he dicho recientemente, que es ahora cuando puede empezar nuestra lucha en el mar. El motivo de ello es que queríamos instruir primero con nuestros submarinos a las nuevas tripulaciones para los nuevos submarinos que ahora llegan.

Pero no se dude de que ahora parece que empiezan a venir; hace precisamente dos horas que he recibido el parte del

Alto Mando de la Marina de que acaban de recibirse dos comunicados en los que dan parte las fuerzas de alta mar y las de submarinos de que han vuelto a hundir otras 215.000 toneladas, de ellas tan sólo los submarinos hundieron 190.000 y de ellas fué un solo convoy aniquilado ayer con 125.000 toneladas. Pero los señores tendrán que esperar cosas más pesadas desde marzo y abril, y entonces llegarán a convenirse de si hemos vuelto a perder durmiendo este invierno o si hemos aprovechado el tiempo útilmente. En estos largos meses en que veníamos luchando con poquísimos submarinos ha mantenido Italia a raya importantes fuerzas enemigas. A nosotros nos puede dar ahora lo mismo: el que nuestros stukas puedan habérselas con navíos ingleses en el Mar del Norte o en el Mediterráneo, en el fondo es todo lo mismo.

Un hecho es cierto: dondequiera que el inglés toque el Continente, saldremos inmediatamente a su encuentro, y dondequiera que se presenten los navíos de la armada británica, intervendrán contra ellos nuestros submarinos, hasta que llegue la hora de la decisión.

Sólo en Italia se ha llevado a cabo también una revolución análoga a la alemana, que, a fin de cuentas, conduce, tuvo que conducir y condujo al establecimiento de una nueva unidad del pueblo.

Nosotros tuvimos que tener paciencia durante muchos años, y también aquí puedo decir lo siguiente: si mis adversarios creen que me pueden asustar con el tiempo, yo he aprendido a esperar, pero nunca, en el tiempo de espera, he permanecido inactivo.

Nosotros tuvimos que esperar también desde 1923 nada menos que diez años hasta que llegamos al poder, pero como

sabéis bien, vosotros mis viejos correligionarios, no hemos desaprovechado estos diez años. ¡ Qué no hemos trabajado y qué no hemos levantado ! El movimiento que se formó en el año 1933 era otro que aquel del año 1923, nosotros aprovechamos el tiempo. Pero tampoco me arredran tales amenazas. La finalidad nuestra no fué nunca como ésta : el primero de marzo, o el 15 de junio o el 7 de septiembre tiene que haberse terminado tal o cual cosa. Eso sólo lo saben los periodistas de nuestros adversarios. Esos también lo sabían antes. Porque decían : « Si los nacionalsocialistas no han llegado al poder hasta octubre de 1929, estarán perdidos », pero nosotros no estuvimos perdidos ; — « Si los nacionalsocialistas no reciben el poder después de las elecciones de septiembre de 1930, habrá caducado el nacionalsocialismo » ; — pero no caducó a pesar de que no llegamos al poder. Y en 1932 decían : « Ahora ha muerto definitivamente el nacionalsocialismo, el Führer ha rechazado el poder, no quiere responsabilidad, es demasiado cobarde ; eso lo hemos dicho siempre, nosotros lo sabíamos, ese hombre rehuye toda responsabilidad. » Eso, lo sabían perfectamente entonces aquellos entendidos que ahora se encuentran, por cierto, en Inglaterra porque entre nosotros ya no están.

Y luego dijeron : « El trece de agosto sucederá el cambio, el nacionalsocialismo ha quedado ahora derrotado ». Y el catorce de agosto amaneció y nosotros no estábamos derrotados.

Unos meses, y tuvieron que fijar nuevo plazo, y por fin llegó el día en 1933. Y dijeron : « Ya han cometido el error, ya están en el poder. Dentro de seis semanas habrán fracasado ; a lo sumo tres meses, pero a los tres meses han

fracasado.» Las seis semanas y los tres meses han pasado y no fracasamos, y se nos han fijado constantemente nuevos plazos.

Y en la guerra hacen lo mismo. ¿Por qué no? Es la misma gente, son los mismos profetas, los mismos zahoríes políticos que ya entre nosotros profetizaron tan admirablemente el futuro y que ahora están empleados como auxiliares en el Ministerio de Propaganda y en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra.

Ellos saben perfectamente que pasado tal o cual plazo habrán fracasado, y pasado tal o cual plazo volverán a fracasar, etc. Esto ya lo hemos visto un par de veces. Ya sabéis lo que se decía. No necesito más que citar la famosa frase de un gran hombre de Estado británico que nosotros conocemos también de cerca, no necesito más que recordar a Mister Chamberlain que pocos días antes del 9 de abril del año pasado dijo : « Gracias a Dios que ha perdido el autobús.»

Voy a recordaros a otro que dijo : « Hace unos meses tuve miedo — era el Comandante en jefe inglés — pero ya no lo tengo. Han perdido el tiempo y además no tienen más que generales jóvenes. Este es su error y su desventura. Es todo el mando ; además han perdido el tiempo. Ahora ha terminado ». Pocas semanas después dimitió este general. Probablemente era también demasiado joven. Y, hoy hacen lo mismo. Fijan siempre plazos. En otoño dijeron : « Si ahora no hay desembarco, todo va perfectamente ; en la primavera de 1941 llevará Inglaterra la guerra al Continente y entonces viene la ofensiva británica. » Estoy esperando incesantemente su ofensiva. Ahora bien, como han llevado la ofensiva a otra parte, tenemos que ir tras de ellos

adonde los encontremos. Pero les encontraremos dondequiera que vayan. Les encontraremos donde el golpe sea para ellos más aniquilador.

No queríamos más que los mismos derechos

Desde entonces han pasado ya 21 años de una lucha incesante del Movimiento. Por fin, 13 años después llegamos al poder. Después, estos años de preparativos para el exterior y de gigantesco trabajo. Ya lo sabéis: aquí ha pasado lo mismo que en el partido. No hemos pedido al mundo nada más que la concesión de los mismos derechos, lo mismo que en el interior. En el interior pedimos antes libre derecho de reunión, todos los derechos que los otros pedían, libre derecho de reunión para nosotros lo mismo que reclamaban los demás, exactamente los mismos derechos que los otros como representantes parlamentarios. Se nos negaron y se nos persiguió con el terror. Fundamos nuestras organizaciones y nos impusimos.

Las economías nacionales vencen

También yo me presenté entonces de la misma manera ante el mundo y dije: «No quiero tener más que lo que tengan los demás; estoy dispuesto a desarmar hasta lo último.» He hecho constantemente nuevas propuestas. Se han burlado de ellas y se rechazaron lo mismo que en el interior. Yo dije: «Quiero resolverlo todo por vía de negociaciones.» No puede haber nada mejor que conseguir algo por vía de

negociaciones, porque cuesta menos y ahorra sangre. ¿Quién va a ser tan insensato que quiera tomar por la fuerza algo que puede recibir con la razón? Pero hay cosas que Alemania tiene que tener, porque queremos vivir, porque los otros no tienen derecho a privarnos de todo, porque es imposible que una nación, que ya tenía 38 millones de kilómetros cuadrados, arrebate a otra otros dos millones y medio, y porque es insostenible para nosotros estar constantemente bajo la tutela de esos pueblos y dejarnos marcar la política económica que debemos seguir.

Nosotros venimos realizando la política económica que redunde en beneficio del pueblo alemán. Yo tampoco me meto en los asuntos de los demás. Si otros gustan de recostarse sobre sacos de oro, allá ellos. Pero si me dicen que lo haga también, diré que tendré buen cuidado de no comprar oro muerto por el trabajo alemán. Yo compro tan sólo por el potencial de trabajo alemán productos emanados de la vida, y por cierto que los resultados de nuestra política económica dicen en pro nuestro y no en pro de los hombres del patrón oro; porque nosotros, los pobres, fuimos los que vencimos el paro obrero, porque no queríamos seguir venerando esta locura y porque nosotros vemos toda nuestra vida económica como un problema de la producción y no como un problema de meros intereses capitalistas. Ahora bien, nosotros tenemos detrás de nuestra política económica la fuerza ordenada de la nación entera y la disciplina de toda la nación. Nosotros hemos dado a entender a la nación que es una locura el librar luchas económicas en el interior, entre las diferentes clases, para arruinarse con ello mutuamente. Claro, que para ello era necesario por otra parte establecer un rumbo social fundamental y general.

No se puede hoy reconstruir ningún Estado más sobre una base capitalista. A la larga los pueblos se van llenando de vida, y cuando hay gente que cree que puede impedir por la guerra el despertar de los pueblos, lo que harán es lo contrario, acelerarlo. Esos Estados se hundirán en catástrofes financieras, que destruirán las bases de su actual política capitalista. De esta guerra no saldrá como vencedor el patrón oro, sino las economías nacionales y éstas llevarán a cabo entre sí el comercio que necesiten. Si les gusta esto o no, a algunos banqueros del mundo, es por completo indiferente.

Compramos y vendemos

Y si alguno de estos banqueros dice: no permitimos que hagáis comercio con este o con aquel país, esto no les concierne a ellos, y los pueblos se negarán también en el futuro a que algunos banqueros reglamenten su política comercial, y harán la política que crean conveniente. En este sentido podemos mirar tranquilamente el futuro. Alemania es un enorme factor económico, no sólo como productor, sino también como consumidor. Tenemos un gran mercado para nuestros productos. Pero no sólo buscamos estos mercados de exportación, sino que somos también el mayor consumidor, mientras que los otros están en una mala situación. Por una parte quieren vivir de sus imperios y por la otra exportar de sus imperios. Esto es imposible. Los pueblos no pueden hacer negocios unilaterales. No sólo quieren comprar, sino que tienen también que vender, y esos Estados no pueden vender nada a esos imperios. Por eso los pueblos comerciarán con nosotros indiferentemente de que les convenga o

no les convenga a algunos banqueros. Pero nosotros no hacemos nuestra política económica según el criterio de los banqueros de Nueva York o de Londres, sino que la política económica de Alemania se hace exclusivamente por los intereses del pueblo alemán.

Y ahora soy yo un socialista fanático que siempre tiene presente los intereses totales de su pueblo. Yo no soy criado de algunos de estos consorcios bancarios internacionales. Yo no estoy comprometido con ninguna clase de grupo capitalista. Yo he surgido del pueblo alemán, mi Movimiento, nuestro Movimiento, es un Movimiento Nacional alemán. Y con este pueblo alemán estamos nosotros comprometidos. Su política económica es la nuestra, es decir, sus intereses son decisivos para nuestra política económica. Nunca nos desharemos de ello.

Hemos hecho una labor gigantesca

Si el otro mundo dice ahora : Entonces, por lo tanto, guerra, yo sólo puedo decir : Bien, yo no la quiero, pero ni el más resignado puede permanecer tranquilo si no le place al vecino maligno. Yo no soy de aquellos que ven venir una guerra semejante y comienzan a gemir. Yo he hablado y he hecho lo que podía hacer y hablar, he hecho proposiciones, constantemente nuevas proposiciones. Siempre nuevas proposiciones a Inglaterra, siempre nuevas proposiciones a Francia. Constantemente se han rechazado sólo con burla y escarnio. Se han reído de ellas. Cuando advertí que la otra parte quería el conflicto hice exclusivamente lo que hice antes como nacionalsocialista y como antiguo combatiente, también en el partido : construí inmediatamente el instrumento de defensa,

y, así como antes defendí en el partido el criterio de que no se trataba de que nosotros fuéramos cada vez más fuertes sólo para resistir los golpes de los otros, sino de serlo bastante para asestarlos inmediatamente, también, exactamente, construí el instrumento político estatal, el ejército alemán, no para recibir golpes, sino para repartirlos; ya no podía ser otra cosa. Hace sólo pocos días, un general americano declaró ante la comisión investigadora del Congreso americano que en 1936 le aseguró personalmente Churchill: «Alemania se nos hace demasiado fuerte, debe ser destruída y haré todo lo posible para iniciar esta destrucción.» Algo más tarde, he prevenido — por vez primera públicamente — contra este hombre y su actividad. Yo no quería inquietar prematuramente a la nación y quizás entonces se perdieron, sin embargo, posibles ventajas.

Pero cuando advertí que cierta camarilla estimulada además por el judaísmo, que está detrás en todas partes como acicate, instigaba y promovía constantemente a la guerra, adopté por mi parte, en el mismo momento, todos los preparativos para armar a la nación. Y vosotros, mis viejos compañeros de partido, sabéis también que cuando yo digo algo así, no es una habladuría. Sino que también lo realizo. Y nosotros lo hemos realizado. Hemos trabajado titánicamente. Lo que en estos años se hizo en materia de armamentos es realmente lo más magnífico que jamás realizó el mundo. Si el otro mundo dice ahora: Haremos esto y aquello, sólo tengo que decirles: hacedlo, yo lo realicé ya.

Sobre todo, no me cuenten historias. Yo soy técnico, especialista en cuestiones de armamento. Sé con absoluta exactitud lo que puede hacerse de acero y de aluminio; sé muy exactamente lo que puede hacerse con hombres y lo que con ellos

no se puede hacer. Esto no me impresiona absolutamente nada, pues yo puedo utilizar para ello la fuerza de la nación alemana y utilizaré para ello, si es necesario, a media Europa. También lo hago. Yo me prepararé para cualquier conflicto y estoy también preparado y espero, por lo tanto, con calma los conflictos venideros.

¡ Que los otros esperen la lucha con la misma tranquilidad que yo !

Yo confío en ella, en el mejor Ejército del mundo, en el mejor Ejército que nunca ha tenido una nación. Es fuerte en número, en armas equipado hasta el máximo, y por lo que hace a su mando se halla en mejor estado que nunca. Tenemos un joven cuerpo de jefes, no sólo probados en su mayoría en la actual guerra, sino, debo decirlo, cubiertos de gloria. Allí donde miramos, vemos una guardia de hombres selectos en cuyas manos han sido puestos los soldados alemanes, y ellos a su vez, guían a un soldado que es el mejor del mundo y está equipado con las mejores armas que existen actualmente en la tierra ; detrás de ese soldado y sus jefes se halla la nación alemana, el pueblo alemán entero.

En medio de ese pueblo y como alma del mismo se encuentra el Movimiento nacionalsocialista, que salió hace 21 años de esta sala ; este Movimiento que es en sí mismo la mejor organización, una como no la tienen los otros pueblos, los democráticos; este Movimiento, que sólo encuentra su equivalente en el Fascismo. El pueblo y el Ejército, el Partido y el Estado son hoy una unidad indisoluble.

Ninguna fuerza del mundo es capaz ya de aflojar esta unión y deshacerla; y sólo dementes pueden imaginarse que pudiera repetirse el año 1919. Nosotros lo hemos conocido ya de

nuestros demócratas: siempre han puesto sus esperanzas en la disgregación interior, la disolución, la guerra fratricida entre los alemanes, las querellas entre hermanos, etc. Hoy ocurre exactamente lo mismo. Dicen: La revolución estallará en Alemania dentro de seis semanas. No saben quién quiere hacer la revolución. No están precisamente entre nosotros los revolucionarios, como Thomas Mann y gentes de la misma calaña.

Todos ellos se encuentran en Inglaterra o en América, en su mayor parte están fuera de Inglaterra y ya otra vez en fuga, pues la Gran Bretaña está demasiado cerca del próximo terreno de operaciones de la revolución. Establecen su cuartel general muy lejos de su venidero campo de batalla.

Pero de todos modos aseguran que, la revolución vendrá. Quién sea el que la haga no lo sé, y cómo será hecha, tampoco. Sólo sé una cosa, que en Alemania sólo hay un par de orates que puedan pensar en una revolución, y éstos están todos a buen recaudo.

Sus esperanzas son infantiles

Luego dijeron: el invierno, «el General Invierno» llega y vencerá a Alemania. ¡ Ah !, el pueblo alemán es bastante resistente al invierno.

En la historia de Alemania hemos pasado miles, decenas de miles, no sé cuántos inviernos y también pasaremos éste. Luego dijeron: Vendrá el hambre. Pero fuimos precavidos. Conocemos los sentimientos humanitarios de nuestro adversario anglicano y procuramos estar provistos. Creo que el

hambre aparecerá más pronto allí que entre nosotros. Volvieron a decir: Ya se harán sentir los efectos del tiempo. El tiempo ayuda a los que trabajan, y más que nosotros no trabaja nadie; esto puedo asegurarlo a la gente.

En general, todas esas esperanzas fantásticas que allí surgen son infantiles, son ridículas.

En principio quiero decir una cosa: el pueblo alemán tiene muchos miles de años de evolución tras de él. Durante dos mil años vemos su historia. Mil años hubo un imperio germánico y un imperio que ante todo abarcaba efectivamente alemanes. En esos tiempos nuestro pueblo ha resistido los golpes más inauditos del destino. También resistirá lo que el presente o el futuro le aporte y mejor todavía, porque si bien ha habido siempre un pueblo alemán y un imperio germánico desde hace mil años, creo que no ha habido nunca la unidad alemana, que no ha habido nunca lo que hoy tenemos: una organización compacta de nuestro pueblo, y que no ha habido nunca tampoco el Gobierno que hoy tiene el pueblo alemán.

Y con toda modestia puedo decir también ahora a mis enemigos: he tenido que entendérmelas ya con muchos adversarios democráticos y hasta ahora he salido siempre victorioso de esa lucha. Creo que tampoco ésta se libre en distintas condiciones, es decir, que la proporción de categorías es la misma de antes. Yo, en todo caso, agradezco a la Providencia que ya que esta lucha era inevitable, la hiciese desencadenar en vida mía y en un momento en que todavía me siento joven y vigoroso.

Y precisamente ahora me siento otra vez muy fresco. Viene la primavera que todos recibimos con alegría. Viene nueva-

mente el tiempo en que se pueden medir las fuerzas y yo sé que en este momento millones de soldados alemanes piensan exactamente, con entero conocimiento de causa, en el espantoso rigor de la lucha. Ahora tenemos tras de nosotros un año de éxitos inconcebibles; también duros sacrificios, no considerados en conjunto, pero sí aisladamente; sabemos sin embargo que esto no nos ha sido regalado, sino que innumerables hombres alemanes expusieron antes con el mayor arrojo su vida en el frente y también ahora la exponen sin vacilar. Es algo enteramente singular que tantos de nuestros hombres cumplan con su deber en nuestros regimientos, en nuestros tanques, en nuestros aviones, en nuestros submarinos y, en cualquier otra parte, en nuestras formaciones.

No se ha dado nunca un soldado mejor y más valeroso.

El partido del frente de la Guerra Mundial

Nosotros, nacionalsocialistas, nos sentimos especialmente orgullosos; pues no somos otra cosa que un antiguo partido del frente, el partido del frente de la Guerra Mundial. De allí volvimos sintiendo en el corazón, llenos de rabia, y al mismo tiempo cargados de horror, la afrenta infligida en aquel entonces a nuestro pueblo, a nuestro valeroso pueblo. Nosotros, los que hicimos toda la guerra mundial, sabemos mejor que nadie lo que rinden nuestros soldados de hoy y desde este puesto puedo decirles a todos ellos sólo esto: que nuestros corazones, los corazones de todos los viejos nacionalsocialistas están a su lado. Son los corazones de combatientes.

Cuántos se hallan entre nosotros que fueron heridos en la Gran Guerra y que no siéndolo, participaron también en ella.

Ellos han seguido llenos de entusiasmo las etapas recorridas por nuestros Ejércitos en este año. El nombre de cada una de las localidades estaba lleno de resonancia para ellos y fué una increíble satisfacción el ver realizado ahora aquello para lo que entonces, bajo una suerte desgraciada, dieron tanta sangre durante tantos años, sin poder alcanzarlo. Se sienten hoy orgullosos de sus hijos, de los jóvenes soldados del Tercer Reich.

El nuevo año de lucha traerá grandes decisiones

Nadie mejor que el viejo partido es el que os lo puede decir, aquellos viejos correligionarios, que cuando regresaron de la Gran Guerra no quisieron soportar la humillación de la patria y comenzaron inmediatamente una nueva guerra en el interior, la guerra contra los destructores de nuestra patria y de nuestros hogares.

Y así nos encontramos ahora, — nosotros nacionalsocialistas — ante un nuevo año de lucha. Nosotros todos lo sabemos, que ha de traer grandes decisiones. Nosotros contemplamos el futuro con una fe inquebrantable. Nosotros hemos pasado por la más dura escuela por la que hayan podido pasar los hombres. Nosotros sabemos que estos sacrificios inmarcesibles no han sido baldíos, porque también aquí creemos en la justicia. ¡Qué no hemos hecho en estos años! Nos hemos esforzado, hemos pasado penurias, y toda la vista fija en un solo objetivo: nuestro pueblo. Para ello sacrificamos los millones, y cientos de miles se expusieron siempre de nuevo, a nuevos peligros. La Providencia no nos dejó seguir en balde aquel milagroso camino. El día de la fundación de este Movimiento, manifesté un convencimiento: en otros tiempos ganó

nuestro pueblo enormes victorias para ser después desagrado y para ser desunido, y porque pecó contra sí mismo le alcanzó el castigo de la Providencia. Nosotros hemos sido derrotados con razón. Si un pueblo se olvida tanto, como se olvidó entonces de sí mismo el pueblo alemán, y si cree poderse desprender de todo honor y de toda fidelidad no puede la Providencia por menos que pagarle con tan amarga enseñanza.

Alemania marchará

Pero nosotros ya estábamos convencidos en aquel entonces de que si nuestro pueblo volvía a encontrarse a sí mismo, si volvía a ser aplicado y si volvía a ser honorable, y si, en primer lugar, cada alemán volvía a hacerlo todo por su pueblo, y no todo para sí mismo, y si volvía a anteponer los intereses de la totalidad a sus intereses personales, si este pueblo entero volvía a perseguir de nuevo un gran ideal, y si estaba decidido a luchar por él, entonces llegaría la hora en que el Todopoderoso considerase terminadas nuestras pruebas. Y cuando el destino nos llame al juicio, entonces disfrutarán de su bendición aquellos que la han merecido durante decenios de dura tarea.

Pero yo puedo decir: cuando comparezca ante la Historia y vea a mis adversarios de estos otros países, no temeré compulsar nuestros credos. ¿Quiénes son estos egoistas? Cada uno de ellos surge sólo para defender los intereses de su clase. Tras todos ellos están o el judío o la propia bolsa. Todos ellos no son más que logreros, viven del beneficio de esta guerra. De ello no puede salir ningún bien.

Con respecto a esta gente no soy yo otra cosa que el paladín de mi pueblo. Lucho por este pueblo alemán y tengo el convencimiento de que así como la Providencia bendijo antes esta lucha, la bendecirá también en el porvenir. Cuando, hace 21 años, entré por primera vez en esta sala, era un desconocido anónimo y no tenía detrás más que mi propia fe y en estos 21 años se ha creado un nuevo pueblo. El camino desde ahora hacia el porvenir será más fácil que el del 24 de febrero hasta hoy, aquí en este lugar.

Yo considero el porvenir con una confianza fanática. Toda la nación está ahora formada. Yo sé que Alemania marchará en el momento que el Mando diga: "Adelante"



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

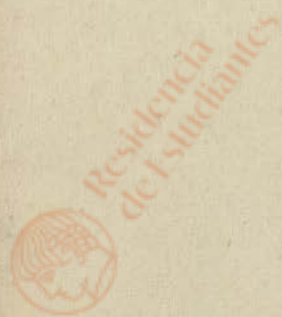
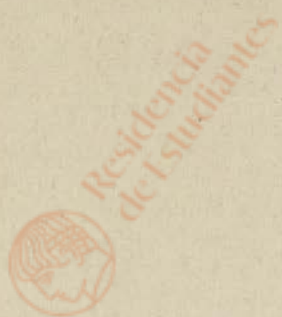


Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

Imprenta:
Deutscher Verlag
Berlin





Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

Discurso de Adolf Hitler

**con motivo del veintiún aniversario
de la fundación del Partido,
pronunciado en Munich**

el 24 de Febrero de 1941



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

F X (19)

- 30 pp. -

Discurso de Adolf Hitler





Discurso de Adolf Hitler

con motivo del veintiún aniversario
de la fundación del Partido,
pronunciado en Munich

R G e n o v a

el 24 de Febrero de 1941



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

En el acto conmemorativo de la fundación del Partido, celebrado en la sala de fiestas del Hofbräuhaus de Munich, pronunció el Führer, ante sus compañeros de lucha desde el primer momento, el siguiente discurso :

¡ Camaradas !

¡ Nacionalsocialistas !

El 24 de febrero es siempre para nosotros un día de profundo carácter conmemorativo y con razón. En este día y desde esta sala inició el Movimiento la asombrosa carrera triunfal que le puso a la cabeza del Reich para conducir la nación y ser por consiguiente el forjador del destino alemán. Para mí es éste también un gran día. Es en sí, creo, muy raro, que un político pueda presentarse 21 años después de su primera gran actuación pública ante los mismos partidarios, para repetirles el mismo programa que el primer día ; que un hombre pudiera predicar y realizar lo mismo durante 21 años, sin tenerse tampoco que apartar ni siquiera una sola vez de su antiguo programa.

Cuando nos reunimos en esta sala el año 1920, muchos se plantearon esta cuestión : ¡ Ah !, un nuevo partido ¿ para qué otro, no tenemos ya bastantes ? Si el nuevo Movimiento no hubiera sido otra cosa o no hubiera querido ser más que una continuación de partidos anteriores, que un aumento de estos partidos, entonces hubiera habido ciertamente razón

para hacer esta objeción, pues en aquella época, seguramente, había partidos más que suficientes. Sólo que esto era, sin embargo, algo completamente diferente de todas las fundaciones de partidos entonces conocidos.

Nació un movimiento, que por primera vez y desde buen principio declaró que no era su intención defender intereses definidos y concretos de determinadas capas sociales; un movimiento, que por vez primera desistió desde un principio de entregarse a una determinada parte de la nación, que no era la representación de intereses burgueses, ni proletarios, que no era representación ni del campo ni de la ciudad, ni tampoco representante de confesiones católicas ni tampoco de las protestantes, lo mismo que no lo era de determinadas regiones; una representación que por primera vez puso en el centro de todas sus ideas la palabra « pueblo alemán », que no era partido de clases y que por lo tanto no se prescribió ni a las derechas ni a las izquierdas, como se solía dividir en aquel entonces a la nación, sino que también aquí persiguió desde un principio una sola finalidad, que era la del pueblo alemán en su totalidad.

Con ello empezó una lucha heroica, que tenía que conducir por anticipado a que casi todo se enfrentase con el Movimiento, y así sucedió. No obstante en el fin que nos señalamos se hallaba ya lo decisivo, y el que yo pueda estar hoy ante vosotros, después de 21 años, hay que agradecerlo sólo a ese fin, a ese claro e inequívoco fin que no convirtió al Movimiento en servidor de intereses determinados y limitados, sino que elevó, por encima de todas las obligaciones particulares, una única como tal, la de servir al pueblo en su totalidad, atender a sus intereses por encima de todas las divergencias o confusiones ideológicas momentáneas.

Nos encontrábamos entonces en la gran catástrofe. Versalles gravitaba sobre todos nosotros en forma opresiva y era comprensible que en todas partes algunos hombres con el corazón angustiado, se pusieran en marcha para encontrar el camino que podría sacar de este indescriptible infortunio.

Una epopeya heroica singular

Las causas de esta catástrofe fueron consideradas de distinto modo. Indudablemente, se habían cometido los más graves errores políticos, no sólo durante los años de guerra, sino ya muchos años antes. Se vió venir la tormenta, se vió en el mundo a ciertos instigadores — los mismos que efectúan también hoy este negocio — movilizar Europa entera contra Alemania, y a pesar de que entonces se ofrecieron oportunidades favorables para oponerse a estos instigadores, y por cierto para hacerlo a tiempo, la dirección del Reich fracasó entonces aquí, fracasó políticamente.

También desde el comienzo de la guerra fueron los mandos políticos hacia el exterior y el interior lo más torpes que pueda imaginarse, psicológicamente inhábiles y enteramente faltos de toda capacidad. Sin duda alguna contrajeron una grave culpa los mandos políticos de aquel entonces en todos los terrenos, menos en uno. No se les podía echar en culpa, por cierto, que hubiesen querido la guerra; bien al contrario, si hubiese sido efectivamente su voluntad el haber querido la guerra, seguramente se habrían preparado para ella de otra forma y habrían escogido para ella otra época más favorable. Al contrario, su crimen mayor — si es que de tal puede calificarse una falta — fué que a pesar de que sabían que la guerra era inevitable, no obraron ellos mismos en la hora decisiva

y más favorable. También fueron cometidas muchas faltas de carácter militar, pero muchas faltas.

Pero a pesar de todo subsistía un hecho : a lo largo de cuatro años el soldado alemán, invencible como tal, presentó el pecho a sus enemigos. En estos cuatro años se había realizado una epopeya heroica de naturaleza singular, enteramente igual sea cual fuera ahora la grandiosidad de nuestro triunfo y como pudiera ser de grande el triunfo del porvenir. El pueblo alemán volverá constantemente la vista, con devota y profunda emoción a esta gran época de la Guerra Mundial, pues aislado y abandonado por todo el mundo libró una lucha heroica, siempre frente a una enorme superioridad numérica, contra una enorme superioridad de material y resistiendo sin embargo hasta que se produjo un cataclismo que ni siquiera debía imputarse al frente, sino que venía del desmoronamiento de la patria.

Con ello llegamos al verdadero, profundo y decisivo motivo; a la causa verdadera del desmoronamiento de entonces. El pueblo alemán vivía ya desde largos decenios en un desmoronamiento que se producía desde el interior. Eran dos mundos en los que se descomponía entonces la nación. Todavía hoy los conocemos bien nosotros, viejos nacionalsocialistas, porque con ellos hemos luchado y combatido ; entre ellos estábamos, y de ellos ha ido formándose paulatinamente nuestro Movimiento.

Burguesía—Proletariado—Nacionalismo—Socialismo

Vosotros os acordáis todavía, correligionarios y correligionarias, de la vida política de entonces, de aquellos carteles,

de aquellos dos conceptos que se combatían entre sí: por una parte burguesía, proletariado por la otra; aquí nacionalismo, allí socialismo. Entre estos dos un abismo del que se afirmaba que ellos nunca podrían atravesar. El ideal burgués nacionalista era sólo burgués y el ideal socialista era sólo marxista. El ideal burgués era limitado en la sociedad; el marxista, en lo internacional, era ilimitado. Pero considerados en su esencia, ambos ideales se habían hecho ya estériles. En la época en que yo aparecí aquí por primera vez, ningún hombre sensato podía contar con que pudiera llegarse aquí a un claro triunfo. Esto era indudablemente lo decisivo. Si la nación no debía de ser definitivamente disgregada, si esta lucha era ya ineludible, cuando menos debía una parte surgir de esta lucha como vencedor absoluto. Pero también esto estaba ya entonces completamente descartado; pues los movimientos comenzaron ya por sí mismos a disolverse y a dispersarse. El ímpetu hacía ya mucho que había desaparecido.

Disgregación de los partidos

La burguesía se disgregaba en innumerables partidos, asociaciones, grupitos, pequeñas unidades, representaciones de intereses urbanos y rurales, de propiedades inmuebles y raíces. Del otro lado las tendencias marxistas que se iban paulatinamente disolviendo y dispersando cada vez más: socialistas mayoritarios, socialistas independientes, comunistas independientes, partido trabajador comunista, sindicalistas, etc. ¡Quién conoce a todos esos grupos que combatían entonces entre sí! Cada cartel era un reto no sólo contra el mundo contrario, sino también a menudo contra los mismos partidarios, contra el propio mundo.

Estos dos campos que entonces se nos oponían, debían conducir, al perdurar más largamente, a la completa disolución del cuerpo nacional alemán y con ello, naturalmente, al desgaste de toda la fuerza nacional alemana. Con abstracción de las tareas que nosotros quisiéramos realizar, político interiores o exteriores, o problemas económicos o de poder político siempre había algo decisivo :

Ninguna de las grandes misiones de la época podía ser resuelta sin la intervención total y concentrada de las fuerzas de la nación.

Versalles quería privar a Alemania para siempre de todos sus derechos

Ante nosotros se hallaba entonces Versalles. Cuando yo me presenté aquí, en esta sala, por primera vez, me hallaba dominado por completo por la obligación de protestar contra ese sometimiento, el más vergonzoso de todas las épocas, y de llamar a la nación a la lucha contra el mismo. En el terreno de la política internacional significaba ese Dictado la carencia absoluta de derechos de la nación alemana, y el dejarla indefensa.

Precisamente la situación política exterior obligaba a esta decisión clara y concreta. Aquel vergonzoso Dictado estaba llamado a esclavizar para todos los tiempos a la nación alemana. No se había fijado límite alguno para este trabajo en la esclavitud. Desde un principio se dijo : Nosotros no queremos fijar lo que vosotros tenéis que pagar ; porque nosotros mismos no sabemos lo que podéis pagar ; nosotros queremos ponérselo de manifiesto así de tiempo en tiempo,

vosotros tan sólo habéis de comprometeros desde un principio a que pagaréis todo cuanto nosotros pidamos. Esto efectivamente lo han hecho así los gobiernos alemanes de aquel entonces.

El cumplimiento de estos compromisos forzosamente había de sumir a Alemania en la mayor ruína para todos los tiempos. Y si cierto francés declaró que el objetivo final había de ser la eliminación de veinte millones de alemanes, no fué aquello producto gratuito de la fantasía, y bien podía calcularse la fecha en que la nación alemana llegaría a tener efectivamente veinte o treinta millones de almas menos.

Nosotros nos hemos ayudado a nosotros mismos

A este esclavizamiento incurable, visto bajo el punto de vista económico, hicieron frente desde ahora también los alemanes, divididos en dos grandes campos, los cuales defendían dos ideologías completamente opuestas, y ambos con la esperanza puesta en los internacionalismos, los unos de tendencia más intelectual, de acuerdo con su manera de pensar, decían : nosotros creemos en la conciencia universal, en la justicia universal, nosotros creemos en la Liga de las Naciones etc., los otros eran algo más proletarios y decían : nosotros creemos en la solidaridad internacional y cosas parecidas.

Pero todos creían en algo que se encontraba fuera del propio pueblo, por cierto, un método muy cómodo para salvarse, el esperar que vengan otros para ayudarle a uno.

A estas ideas se enfrentó entonces el convencimiento de un nuevo movimiento que en el fondo puede resumirse en

una sola frase: «ayúdate a ti mismo y te ayudará Dios». Una frase por cierto muy justa porque no podrá suponerse que el Sumo Hacedor exista tan sólo para ayudar a los hombres que no quieren ayudarse a sí mismos, porque son demasiado cobardes y demasiado vagos para ayudarse a sí mismos, ni tampoco sería lógico, que Dios fuese algo así como una especie de sustitución de las debilidades de la humanidad. Para esto no está, sino que en todos los tiempos bendijo a aquellos quienes estaban dispuestos a defenderse a sí mismos.

Lo que era de esperar de la ayuda de los otros, ya lo vimos. Un presidente americano aparece y pone lanza en ristre para prestar el solemne juramento de que en el momento de que depusiésemos las armas iríamos a recibir tal y tal cosa. Las armas fueron depuestas y el juramento fué roto y olvidado. La gente lo ha tomado muy a mal cuando uno se lo ha hecho presente. Cuantas veces rogó e imploró la Alemania democrática de aquel entonces, tantas veces se le negó toda facilidad, sin que hablemos siquiera de justicia.

Yo empecé precisamente aquí, en esta ciudad, mi lucha, mi lucha política, con un llamamiento contra Versalles. Vosotros lo sabéis, viejos camaradas. ¡Cuántas veces he hablado contra Versalles! He estudiado ese Tratado como ningún otro y no lo he olvidado, y tampoco ahora lo olvido. El contrato no podía eliminarse con humildad, con sumisión, sino sólo mediante la conciencia de sí mismo, mediante la fuerza de la nación alemana.

Luego el Führer recordó en forma impresionante a sus antiguos correligionarios la difícil lucha que ha sostenido el Movimiento durante años enteros por el individuo alemán,

por cada hombre y cada mujer ; describió la dura y enconada contienda contra la burla y el escarnio, contra la mentira y la calumnia, contra el terror y la fuerza bruta que tuvo que sostener entonces el joven partido nacionalsocialista. A este respecto el Führer hizo resaltar especialmente la brillante participación que tuvieron en esta lucha las antiguas correigionarias que, con el seguro instinto de la mujer, fueron las compañeras más fieles y dignas de confianza precisamente en los peores tiempos del Movimiento. Interrumpido constantemente por atronadores aplausos de sus viejos correigionarios, el Führer habló con mordaz sarcasmo de los insensatos y escandalosos métodos de nuestros enemigos de política interior que teníamos entonces y que hoy día encontramos de nuevo en la misma forma en la lucha con nuestros adversarios del exterior.

Yo no soy demócrata

Así se inició una durísima lucha que forzosamente condujo a una selección en los mandos políticos. Si hoy me presento ante la nación y veo la guardia de todos aquellos hombres que hoy me rodean, bien puede calificarse ella de un conjunto de verdaderos hombres, — en Baviera diríamos de « buenos mozos » — de hombres hechos y derechos que representan algo. Si por el contrario contemplo los gabinetes de mis adversarios, sólo puedo decir, que no son capaces de ser jefes políticos ni siquiera de barrio. Aquella época ha practicado una selección de hombres de primer orden con los cuales naturalmente se tenían de vez en cuando quebraderos de cabeza. Porque es así, que todos aquellos hombres que valen para algo son tozudos y algo espinosos en el trato,

y en tiempos normales es difícil de hacer que esas espinas vayan con el mismo paso y no una en contra de la otra. Pero en el momento en que acechen peligros, son los hombres más decididos que hay. La misma selección que trae consigo la guerra, y que pone de manifiesto a los verdaderos jefes, esta misma selección es la que se practica en la vida política mediante la lucha política. Eso ha sido también un resultado de la evolución lenta, de esa eterna lucha contra interminables adversidades, el que paulatinamente obtuviésemos unos mandos, con los que hoy se puede hacer todo.

Si por el contrario contemplo el otro mundo, no puedo por menos que decir que se ha dormido al perpetrarse este milagro y tampoco hoy quiere llegar a comprenderlo. No quieren comprender lo que somos, ni quieren saber en lo que nos hemos convertido. Ellos siguen corriendo como la Justicia con los ojos vendados.

No comprenden que dos revoluciones han creado algo imponentemente nuevo en Europa; pues de esto estamos plenamente convencidos, de que paralelamente a nuestra revolución hubo otra, la fascista, que condujo a los mismos resultados y de que entre ambas existe no sólo una identidad absoluta en los objetivos, sino en su marcha, y además de que hay una amistad que es más que un mero colaborar determinado utilitariamente.

Tampoco comprenden nuestros adversarios que cuando yo considero una vez a un hombre como mi amigo, estoy siempre a su lado y que con esta amistad no hago ningún negocio mercantil; pues no soy demócrata y por consiguiente, tampoco un especulador. No soy tampoco uno que se beneficie de la guerra, sino un hombre que desea que, por lo menos

una vez después de su muerte, se le haga la justicia de reconocer que la lucha de toda su vida sólo persigue un gran ideal. Tampoco quisiera mostrar en este terreno ninguna debilidad. Por eso no existe ninguna duda que la alianza de ambas revoluciones y especialmente la de ambos hombres entre sí, es indisoluble, y de que cuando una vez le vaya a uno mejor o peor que al otro o viceversa, siempre contará con el que de ambos esté en mejor situación.

Y es además al enemigo común al que venceremos.

Ahora vienen los nuevos submarinos

Hubo un tiempo en el que Italia retuvo numerosas fuerzas enemigas ; la Italia fascista que lleva a cabo la misma lucha que nosotros, que está bloqueada exactamente como nosotros, que vive en la misma superpoblación y a la que hasta ahora le han sido dadas tan pocas satisfacciones por lo que respecta a sus reivindicaciones vitales como a nosotros. Esa Italia fascista nos liberó de potentes fuerzas, reteniéndolas. Numerosos barcos británicos fueron retenidos en el Mediterráneo, numerosos aviones británicos, en las colonias del norte de Africa y también en las mismas, numerosas fuerzas terrestres.

Esto fué para nosotros muy favorable ; pues ya os he dicho recientemente, que es ahora cuando puede empezar nuestra lucha en el mar. El motivo de ello es que queríamos instruir primero con nuestros submarinos a las nuevas tripulaciones para los nuevos submarinos que ahora llegan.

Pero no se dude de que ahora parece que empiezan a venir; hace precisamente dos horas que he recibido el parte del

Alto Mando de la Marina de que acaban de recibirse dos comunicados en los que dan parte las fuerzas de alta mar y las de submarinos de que han vuelto a hundir otras 215.000 toneladas, de ellas tan sólo los submarinos hundieron 190.000 y de ellas fué un solo convoy aniquilado ayer con 125.000 toneladas. Pero los señores tendrán que esperar cosas más pesadas desde marzo y abril, y entonces llegarán a convenirse de si hemos vuelto a perder durmiendo este invierno o si hemos aprovechado el tiempo útilmente. En estos largos meses en que veníamos luchando con poquísimos submarinos ha mantenido Italia a raya importantes fuerzas enemigas. A nosotros nos puede dar ahora lo mismo: el que nuestros stukas puedan habérselas con navíos ingleses en el Mar del Norte o en el Mediterráneo, en el fondo es todo lo mismo.

Un hecho es cierto: dondequiera que el inglés toque el Continente, saldremos inmediatamente a su encuentro, y dondequiera que se presenten los navíos de la armada británica, intervendrán contra ellos nuestros submarinos, hasta que llegue la hora de la decisión.

Sólo en Italia se ha llevado a cabo también una revolución análoga a la alemana, que, a fin de cuentas, conduce, tuvo que conducir y condujo al establecimiento de una nueva unidad del pueblo.

Nosotros tuvimos que tener paciencia durante muchos años, y también aquí puedo decir lo siguiente: si mis adversarios creen que me pueden asustar con el tiempo, yo he aprendido a esperar, pero nunca, en el tiempo de espera, he permanecido inactivo.

Nosotros tuvimos que esperar también desde 1923 nada menos que diez años hasta que llegamos al poder, pero como

sabéis bien, vosotros mis viejos correligionarios, no hemos desaprovechado estos diez años. ¡Qué no hemos trabajado y qué no hemos levantado! El movimiento que se formó en el año 1933 era otro que aquel del año 1923, nosotros aprovechamos el tiempo. Pero tampoco me arredran tales amenazas. La finalidad nuestra no fué nunca como ésta: el primero de marzo, o el 15 de junio o el 7 de septiembre tiene que haberse terminado tal o cual cosa. Eso sólo lo saben los periodistas de nuestros adversarios. Esos también lo sabían antes. Porque decían: « Si los nacionalsocialistas no han llegado al poder hasta octubre de 1929, estarán perdidos », pero nosotros no estuvimos perdidos; — « Si los nacionalsocialistas no reciben el poder después de las elecciones de septiembre de 1930, habrá caducado el nacionalsocialismo »; — pero no caducó a pesar de que no llegamos al poder. Y en 1932 decían: « Ahora ha muerto definitivamente el nacionalsocialismo, el Führer ha rechazado el poder, no quiere responsabilidad, es demasiado cobarde; eso lo hemos dicho siempre, nosotros lo sabíamos, ese hombre rehuye toda responsabilidad. » Eso, lo sabían perfectamente entonces aquellos entendidos que ahora se encuentran, por cierto, en Inglaterra porque entre nosotros ya no están.

Y luego dijeron: « El trece de agosto sucederá el cambio, el nacionalsocialismo ha quedado ahora derrotado ». Y el catorce de agosto amaneció y nosotros no estábamos derrotados.

Unos meses, y tuvieron que fijar nuevo plazo, y por fin llegó el día en 1933. Y dijeron: « Ya han cometido el error, ya están en el poder. Dentro de seis semanas habrán fracasado; a lo sumo tres meses, pero a los tres meses han

fracasado.» Las seis semanas y los tres meses han pasado y no fracasamos, y se nos han fijado constantemente nuevos plazos.

Y en la guerra hacen lo mismo. ¿Por qué no? Es la misma gente, son los mismos profetas, los mismos zahoríes políticos que ya entre nosotros profetizaron tan admirablemente el futuro y que ahora están empleados como auxiliares en el Ministerio de Propaganda y en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra.

Ellos saben perfectamente que pasado tal o cual plazo habrán fracasado, y pasado tal o cual plazo volverán a fracasar, etc. Esto ya lo hemos visto un par de veces. Ya sabéis lo que se decía. No necesito más que citar la famosa frase de un gran hombre de Estado británico que nosotros conocemos también de cerca, no necesito más que recordar a Mister Chamberlain que pocos días antes del 9 de abril del año pasado dijo: «Gracias a Dios que ha perdido el autobús.»

Voy a recordaros a otro que dijo: «Hace unos meses tuve miedo — era el Comandante en jefe inglés — pero ya no lo tengo. Han perdido el tiempo y además no tienen más que generales jóvenes. Este es su error y su desventura. Es todo el mando; además han perdido el tiempo. Ahora ha terminado». Pocas semanas después dimitió este general. Probablemente era también demasiado joven. Y, hoy hacen lo mismo. Fijan siempre plazos. En otoño dijeron: «Si ahora no hay desembarco, todo va perfectamente; en la primavera de 1941 llevará Inglaterra la guerra al Continente y entonces viene la ofensiva británica.» Estoy esperando incesantemente su ofensiva. Ahora bien, como han llevado la ofensiva a otra parte, tenemos que ir tras de ellos

adonde los encontremos. Pero les encontraremos dondequiera que vayan. Les encontraremos donde el golpe sea para ellos más aniquilador.

No queríamos más que los mismos derechos

Desde entonces han pasado ya 21 años de una lucha incesante del Movimiento. Por fin, 13 años después llegamos al poder. Después, estos años de preparativos para el exterior y de gigantesco trabajo. Ya lo sabéis: aquí ha pasado lo mismo que en el partido. No hemos pedido al mundo nada más que la concesión de los mismos derechos, lo mismo que en el interior. En el interior pedimos antes libre derecho de reunión, todos los derechos que los otros pedían, libre derecho de reunión para nosotros lo mismo que reclamaban los demás, exactamente los mismos derechos que los otros como representantes parlamentarios. Se nos negaron y se nos persiguió con el terror. Fundamos nuestras organizaciones y nos impusimos.

Las economías nacionales vencen

También yo me presenté entonces de la misma manera ante el mundo y dije: «No quiero tener más que lo que tengan los demás; estoy dispuesto a desarmar hasta lo último.» He hecho constantemente nuevas propuestas. Se han burlado de ellas y se rechazaron lo mismo que en el interior. Yo dije: «Quiero resolverlo todo por vía de negociaciones.» No puede haber nada mejor que conseguir algo por vía de

negociaciones, porque cuesta menos y ahorra sangre. ¿Quién va a ser tan insensato que quiera tomar por la fuerza algo que puede recibir con la razón? Pero hay cosas que Alemania tiene que tener, porque queremos vivir, porque los otros no tienen derecho a privarnos de todo, porque es imposible que una nación, que ya tenía 38 millones de kilómetros cuadrados, arrebatase a otra otros dos millones y medio, y porque es insostenible para nosotros estar constantemente bajo la tutela de esos pueblos y dejarnos marcar la política económica que debemos seguir.

Nosotros venimos realizando la política económica que redunde en beneficio del pueblo alemán. Yo tampoco me meto en los asuntos de los demás. Si otros gustan de recostarse sobre sacos de oro, allá ellos. Pero si me dicen que lo haga también, diré que tendré buen cuidado de no comprar oro muerto por el trabajo alemán. Yo compro tan sólo por el potencial de trabajo alemán productos emanados de la vida, y por cierto que los resultados de nuestra política económica dicen en pro nuestro y no en pro de los hombres del patrón oro; porque nosotros, los pobres, fuimos los que vencimos el paro obrero, porque no queríamos seguir venerando esta locura y porque nosotros vemos toda nuestra vida económica como un problema de la producción y no como un problema de meros intereses capitalistas. Ahora bien, nosotros tenemos detrás de nuestra política económica la fuerza ordenada de la nación entera y la disciplina de toda la nación. Nosotros hemos dado a entender a la nación que es una locura el librar luchas económicas en el interior, entre las diferentes clases, para arruinarse con ello mutuamente. Claro, que para ello era necesario por otra parte establecer un rumbo social fundamental y general.

No se puede hoy reconstruir ningún Estado más sobre una base capitalista. A la larga los pueblos se van llenando de vida, y cuando hay gente que cree que puede impedir por la guerra el despertar de los pueblos, lo que harán es lo contrario, acelerarlo. Esos Estados se hundirán en catástrofes financieras, que destruirán las bases de su actual política capitalista. De esta guerra no saldrá como vencedor el patrón oro, sino las economías nacionales y éstas llevarán a cabo entre sí el comercio que necesiten. Si les gusta esto o no, a algunos banqueros del mundo, es por completo indiferente.

Compramos y vendemos

Y si alguno de estos banqueros dice: no permitimos que hagáis comercio con este o con aquel país, esto no les concierne a ellos, y los pueblos se negarán también en el futuro a que algunos banqueros reglamenten su política comercial, y harán la política que crean conveniente. En este sentido podemos mirar tranquilamente el futuro. Alemania es un enorme factor económico, no sólo como productor, sino también como consumidor. Tenemos un gran mercado para nuestros productos. Pero no sólo buscamos estos mercados de exportación, sino que somos también el mayor consumidor, mientras que los otros están en una mala situación. Por una parte quieren vivir de sus imperios y por la otra exportar de sus imperios. Esto es imposible. Los pueblos no pueden hacer negocios unilaterales. No sólo quieren comprar, sino que tienen también que vender, y esos Estados no pueden vender nada a esos imperios. Por eso los pueblos comerciarán con nosotros indiferentemente de que les convenga o

no les convenga a algunos banqueros. Pero nosotros no hacemos nuestra política económica según el criterio de los banqueros de Nueva York o de Londres, sino que la política económica de Alemania se hace exclusivamente por los intereses del pueblo alemán.

Y ahora soy yo un socialista fanático que siempre tiene presente los intereses totales de su pueblo. Yo no soy criado de algunos de estos consorcios bancarios internacionales. Yo no estoy comprometido con ninguna clase de grupo capitalista. Yo he surgido del pueblo alemán, mi Movimiento, nuestro Movimiento, es un Movimiento Nacional alemán. Y con este pueblo alemán estamos nosotros comprometidos. Su política económica es la nuestra, es decir, sus intereses son decisivos para nuestra política económica. Nunca nos desharemos de ello.

Hemos hecho una labor gigantesca

Si el otro mundo dice ahora : Entonces, por lo tanto, guerra, yo sólo puedo decir : Bien, yo no la quiero, pero ni el más resignado puede permanecer tranquilo si no le place al vecino maligno. Yo no soy de aquellos que ven venir una guerra semejante y comienzan a gemir. Yo he hablado y he hecho lo que podía hacer y hablar, he hecho proposiciones, constantemente nuevas proposiciones. Siempre nuevas proposiciones a Inglaterra, siempre nuevas proposiciones a Francia. Constantemente se han rechazado sólo con burla y escarnio. Se han reído de ellas. Cuando advertí que la otra parte quería el conflicto hice exclusivamente lo que hice antes como nacionalsocialista y como antiguo combatiente, también en el partido : construí inmediatamente el instrumento de defensa,

y, así como antes defendí en el partido el criterio de que no se trataba de que nosotros fuéramos cada vez más fuertes sólo para resistir los golpes de los otros, sino de serlo bastante para asestarlos inmediatamente, también, exactamente, construí el instrumento político estatal, el ejército alemán, no para recibir golpes, sino para repartirlos; ya no podía ser otra cosa. Hace sólo pocos días, un general americano declaró ante la comisión investigadora del Congreso americano que en 1936 le aseguró personalmente Churchill: «Alemania se nos hace demasiado fuerte, debe ser destruída y haré todo lo posible para iniciar esta destrucción.» Algo más tarde, he prevenido — por vez primera públicamente — contra este hombre y su actividad. Yo no quería inquietar prematuramente a la nación y quizás entonces se perdieron, sin embargo, posibles ventajas.

Pero cuando advertí que cierta camarilla estimulada además por el judaísmo, que está detrás en todas partes como acicate, instigaba y promovía constantemente a la guerra, adopté por mi parte, en el mismo momento, todos los preparativos para armar a la nación. Y vosotros, mis viejos compañeros de partido, sabéis también que cuando yo digo algo así, no es una habladuría. Sino que también lo realizo. Y nosotros lo hemos realizado. Hemos trabajado titánicamente. Lo que en estos años se hizo en materia de armamentos es realmente lo más magnífico que jamás realizó el mundo. Si el otro mundo dice ahora: Haremos esto y aquello, sólo tengo que decirles: hacedlo, yo lo realicé ya.

Sobre todo, no me cuenten historias. Yo soy técnico, especialista en cuestiones de armamento. Sé con absoluta exactitud lo que puede hacerse de acero y de aluminio; sé muy exactamente lo que puede hacerse con hombres y lo que con ellos

no se puede hacer. Esto no me impresiona absolutamente nada, pues yo puedo utilizar para ello la fuerza de la nación alemana y utilizaré para ello, si es necesario, a media Europa. También lo hago. Yo me prepararé para cualquier conflicto y estoy también preparado y espero, por lo tanto, con calma los conflictos venideros.

¡ Que los otros esperen la lucha con la misma tranquilidad que yo !

Yo confío en ella, en el mejor Ejército del mundo, en el mejor Ejército que nunca ha tenido una nación. Es fuerte en número, en armas equipado hasta el máximo, y por lo que hace a su mando se halla en mejor estado que nunca. Tenemos un joven cuerpo de jefes, no sólo probados en su mayoría en la actual guerra, sino, debo decirlo, cubiertos de gloria. Allí donde miramos, vemos una guardia de hombres selectos en cuyas manos han sido puestos los soldados alemanes, y ellos a su vez, guían a un soldado que es el mejor del mundo y está equipado con las mejores armas que existen actualmente en la tierra ; detrás de ese soldado y sus jefes se halla la nación alemana, el pueblo alemán entero.

En medio de ese pueblo y como alma del mismo se encuentra el Movimiento nacionalsocialista, que salió hace 21 años de esta sala ; este Movimiento que es en sí mismo la mejor organización, una como no la tienen los otros pueblos, los democráticos; este Movimiento, que sólo encuentra su equivalente en el Fascismo. El pueblo y el Ejército, el Partido y el Estado son hoy una unidad indisoluble.

Ninguna fuerza del mundo es capaz ya de aflojar esta unión y deshacerla; y sólo dementes pueden imaginarse que pudiera repetirse el año 1919. Nosotros lo hemos conocido ya de

nuestros demócratas: siempre han puesto sus esperanzas en la disgregación interior, la disolución, la guerra fratricida entre los alemanes, las querellas entre hermanos, etc. Hoy ocurre exactamente lo mismo. Dicen: La revolución estallará en Alemania dentro de seis semanas. No saben quién quiere hacer la revolución. No están precisamente entre nosotros los revolucionarios, como Thomas Mann y gentes de la misma calaña.

Todos ellos se encuentran en Inglaterra o en América, en su mayor parte están fuera de Inglaterra y ya otra vez en fuga, pues la Gran Bretaña está demasiado cerca del próximo terreno de operaciones de la revolución. Establecen su cuartel general muy lejos de su venidero campo de batalla.

Pero de todos modos aseguran que, la revolución vendrá. Quién sea el que la haga no lo sé, y cómo será hecha, tampoco. Sólo sé una cosa, que en Alemania sólo hay un par de orates que puedan pensar en una revolución, y éstos están todos a buen recaudo.

Sus esperanzas son infantiles

Luego dijeron: el invierno, «el General Invierno» llega y vencerá a Alemania. ¡ Ah !, el pueblo alemán es bastante resistente al invierno.

En la historia de Alemania hemos pasado miles, decenas de miles, no sé cuántos inviernos y también pasaremos éste. Luego dijeron: Vendrá el hambre. Pero fuimos precavidos. Conocemos los sentimientos humanitarios de nuestro adversario anglicano y procuramos estar provistos. Creo que el

hambre aparecerá más pronto allí que entre nosotros. Volvieron a decir: Ya se harán sentir los efectos del tiempo. El tiempo ayuda a los que trabajan, y más que nosotros no trabaja nadie; esto puedo asegurarlo a la gente.

En general, todas esas esperanzas fantásticas que allí surgen son infantiles, son ridículas.

En principio quiero decir una cosa: el pueblo alemán tiene muchos miles de años de evolución tras de él. Durante dos mil años vemos su historia. Mil años hubo un imperio germánico y un imperio que ante todo abarcaba efectivamente alemanes. En esos tiempos nuestro pueblo ha resistido los golpes más inauditos del destino. También resistirá lo que el presente o el futuro le aporte y mejor todavía, porque si bien ha habido siempre un pueblo alemán y un imperio germánico desde hace mil años, creo que no ha habido nunca la unidad alemana, que no ha habido nunca lo que hoy tenemos: una organización compacta de nuestro pueblo, y que no ha habido nunca tampoco el Gobierno que hoy tiene el pueblo alemán.

Y con toda modestia puedo decir también ahora a mis enemigos: he tenido que entendérmelas ya con muchos adversarios democráticos y hasta ahora he salido siempre victorioso de esa lucha. Creo que tampoco ésta se libre en distintas condiciones, es decir, que la proporción de categorías es la misma de antes. Yo, en todo caso, agradezco a la Providencia que ya que esta lucha era inevitable, la hiciese desencadenar en vida mía y en un momento en que todavía me siento joven y vigoroso.

Y precisamente ahora me siento otra vez muy fresco. Viene la primavera que todos recibimos con alegría. Viene nueva-

mente el tiempo en que se pueden medir las fuerzas y yo sé que en este momento millones de soldados alemanes piensan exactamente, con entero conocimiento de causa, en el espantoso rigor de la lucha. Ahora tenemos tras de nosotros un año de éxitos inconcebibles; también duros sacrificios, no considerados en conjunto, pero sí aisladamente; sabemos sin embargo que esto no nos ha sido regalado, sino que innumerables hombres alemanes expusieron antes con el mayor arrojo su vida en el frente y también ahora la exponen sin vacilar. Es algo enteramente singular que tantos de nuestros hombres cumplan con su deber en nuestros regimientos, en nuestros tanques, en nuestros aviones, en nuestros submarinos y, en cualquier otra parte, en nuestras formaciones.

No se ha dado nunca un soldado mejor y más valeroso.

El partido del frente de la Guerra Mundial

Nosotros, nacionalsocialistas, nos sentimos especialmente orgullosos; pues no somos otra cosa que un antiguo partido del frente, el partido del frente de la Guerra Mundial. De allí volvimos sintiendo en el corazón, llenos de rabia, y al mismo tiempo cargados de horror, la afrenta infligida en aquel entonces a nuestro pueblo, a nuestro valeroso pueblo. Nosotros, los que hicimos toda la guerra mundial, sabemos mejor que nadie lo que rinden nuestros soldados de hoy y desde este puesto puedo decirles a todos ellos sólo esto: que nuestros corazones, los corazones de todos los viejos nacionalsocialistas están a su lado. Son los corazones de combatientes.

Cuántos se hallan entre nosotros que fueron heridos en la Gran Guerra y que no siéndolo, participaron también en ella.

Ellos han seguido llenos de entusiasmo las etapas recorridas por nuestros Ejércitos en este año. El nombre de cada una de las localidades estaba lleno de resonancia para ellos y fué una increíble satisfacción el ver realizado ahora aquello para lo que entonces, bajo una suerte desgraciada, dieron tanta sangre durante tantos años, sin poder alcanzarlo. Se sienten hoy orgullosos de sus hijos, de los jóvenes soldados del Tercer Reich.

El nuevo año de lucha traerá grandes decisiones

Nadie mejor que el viejo partido es el que os lo puede decir, aquellos viejos correligionarios, que cuando regresaron de la Gran Guerra no quisieron soportar la humillación de la patria y comenzaron inmediatamente una nueva guerra en el interior, la guerra contra los destructores de nuestra patria y de nuestros hogares.

Y así nos encontramos ahora, — nosotros nacionalsocialistas — ante un nuevo año de lucha. Nosotros todos lo sabemos, que ha de traer grandes decisiones. Nosotros contemplamos el futuro con una fe inquebrantable. Nosotros hemos pasado por la más dura escuela por la que hayan podido pasar los hombres. Nosotros sabemos que estos sacrificios inmarcesibles no han sido baldíos, porque también aquí creemos en la justicia. ¡Qué no hemos hecho en estos años! Nos hemos esforzado, hemos pasado penurias, y toda la vista fija en un solo objetivo: nuestro pueblo. Para ello sacrificamos los millones, y cientos de miles se expusieron siempre de nuevo, a nuevos peligros. La Providencia no nos dejó seguir en balde aquel milagroso camino. El día de la fundación de este Movimiento, manifesté un convencimiento: en otros tiempos ganó

nuestro pueblo enormes victorias para ser después desagradecido y para ser desunido, y porque pecó contra sí mismo le alcanzó el castigo de la Providencia. Nosotros hemos sido derrotados con razón. Si un pueblo se olvida tanto, como se olvidó entonces de sí mismo el pueblo alemán, y si cree poderse desprender de todo honor y de toda fidelidad no puede la Providencia por menos que pagarle con tan amarga enseñanza.

Alemania marchará

Pero nosotros ya estábamos convencidos en aquel entonces de que si nuestro pueblo volvía a encontrarse a sí mismo, si volvía a ser aplicado y si volvía a ser honorable, y si, en primer lugar, cada alemán volvía a hacerlo todo por su pueblo, y no todo para sí mismo, y si volvía a anteponer los intereses de la totalidad a sus intereses personales, si este pueblo entero volvía a perseguir de nuevo un gran ideal, y si estaba decidido a luchar por él, entonces llegaría la hora en que el Todopoderoso considerase terminadas nuestras pruebas. Y cuando el destino nos llame al juicio, entonces disfrutarán de su bendición aquellos que la han merecido durante decenios de dura tarea.

Pero yo puedo decir: cuando comparezca ante la Historia y vea a mis adversarios de estos otros países, no temeré compulsar nuestros credos. ¿Quiénes son estos egoistas? Cada uno de ellos surge sólo para defender los intereses de su clase. Tras todos ellos están o el judío o la propia bolsa. Todos ellos no son más que logreros, viven del beneficio de esta guerra. De ello no puede salir ningún bien.

Con respecto a esta gente no soy yo otra cosa que el paladín de mi pueblo. Lucho por este pueblo alemán y tengo el convencimiento de que así como la Providencia bendijo antes esta lucha, la bendecirá también en el porvenir. Cuando, hace 21 años, entré por primera vez en esta sala, era un desconocido anónimo y no tenía detrás más que mi propia fe y en estos 21 años se ha creado un nuevo pueblo. El camino desde ahora hacia el porvenir será más fácil que el del 24 de febrero hasta hoy, aquí en este lugar.

Yo considero el porvenir con una confianza fanática. Toda la nación está ahora formada. Yo sé que Alemania marchará en el momento que el Mando diga: "Adelante"



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes